

Luego el tercer lugar de paso de los difuntos era por el tercer cielo, por el *Iztepetl*, por el *Ilhuicatl-Tonatiuh*.

La cuarta mansión de los muertos está representada en el Códice Vaticano por el signo jeroglífico de la nieve, ó más bien, como en estas regiones no nieva, por el símbolo de las heladas. El Intérprete llama á este lugar *Placoecoe Tlacaya*. Como este signo jeroglífico semeja la forma de una culebra, creemos que á este lugar se refieren las siguientes palabras de Sahagún (1) dirigidas al difunto: «Veis aquí con que habeis de pasar el camino donde está una culebra guardándolo.» No entendemos el nombre dado por el Intérprete, y lo creemos estropeado en la impresión. El verdadero es *Cehuecayan*, lugar donde hiela ó nieva, derivado del verbo *cehuetzi*, helar.

De esta mansión pasaban los muertos á otro lugar, representado en el jeroglífico por medio de tres navajas. El Intérprete lo llama *Itzehecayan*. (2) A este propósito, continúa refiriendo Sahagún cómo los sacerdotes daban nuevos papeles al difunto y le decían: «Veis aquí con que habeis de pasar el viento de navajas que se llama *itzehecaya*; porque el viento era tan recio que llevaba las piedras y pedazos de navajas. Por razón de estos vientos y frialdad quemaban todas las petacas y armas y todos los despojos de los cautivos que habían tomado en la guerra, y todos sus vestidos que usaban: decían que estas cosas iban con aquel difunto, y en aquel paso le abrigaban para que no recibiese gran pena. Lo mismo hacían con las mujeres que morían, porque quemaban todas las alhajas con que tejían ó hilaban, (3) y toda la ropa que usaban, para que en aquel paso las abrigase del frío y viento que allí había, al cual llamaban *itzehecaya*, y el que ningún ható tenía, sentía gran trabajo con el viento de este paso.»

Notable es cómo se confirman en todo las ideas materialistas de los mexicas. No es el alma la viajera á través de las estancias citadas: es la misma materia sensible del difunto, á la cual hay que acompañar sus ropas, á fin de resguardarla del frío del camino de los muertos.

La mansión siguiente ó lugar de paso, se expresa en el jeroglífico por un hombre flechado, y el Intérprete la llama *Temimina-Loya*, lugar donde se flecha. Parece corresponder al lugar ó paso, para el cual los sacerdotes, según el relato de Sahagún, daban nuevos papeles y decían al difunto: «Veis aquí con que habeis de pasar ocho páramos,» y más dábanle otros papeles diciéndole: «Veis aquí con que habeis de pasar ocho collados.»

De esta mansión *Temiminaloyan*, pasaba el muerto á un lugar representado en el jeroglífico por un tigre comiendo un corazón. El Intérprete lo llama *Teocoycualoya*; pero el verdadero nombre es *Teyolocualoyan*. (4)

(1) Loc. cit.

(2) Debemos hacer notar, que el Intérprete trastorna el orden de esta mansión y la anterior.

(3) Se refiere aquí Sahagún principalmente, á los malacates ó husos que empleaban para hilar, y á las lanzaderas que usaban para tejer. Los primeros eran generalmente de barro; aunque he visto uno de plata. Casi todos estaban adornados con labores de grecas ó figuras cronológicas; al grado de que han sido el principal elemento empleado por el Sr. Peñafiel para dar á conocer la ornamentación mexicana. Yo tengo en mi colección, entre otros muchos, dos finísimos, en los cuales las figuras, una mona en uno y cinco cabezas de águila en el otro, están hechas rebajando el barro y puliendo después los relieves, al extremo de hacerlos parecer mármol por su tersura. En cuanto á los devanadores ó lanzaderas, son más raros. Yo tengo tres: uno de madera de zapote, otro de hueso liso, y un tercero de hueso labrado primorosamente.

(4) Alarcón, en su «Tratado de supersticiones de los indios,» en el capítulo primero, habla de unos brujos ó nigrománticos, cuyo empleo era hacer mal al corazón de los hombres, y los llama *Teyolloquanes*. La ortografía del Intérprete debió trastornarse en la copia ó impresión.

Si las tres primeras mansiones de los muertos corresponden á los tres primeros cielos en su orden de proximidad á la tierra, lógico es que estas cuatro correspondan á los cuatro cielos siguientes; es decir: á los cielos de los cuatro puntos cardinales. La primera mansión sería, pues, el cielo del sur: y se explica su representación por medio del símbolo de la nieve ó de las heladas, porque en el sur reside el dios *Ehecacatl*, señor de los vientos. Las dos mansiones inmediatas serán los cielos de occidente y oriente, ambos representados por las navajas y flechas de obsidiana, *iztli*, las cuales simbolizan la luz del sol cuando nace y cuando se pone: y por esta razón flechas y navajas no son en el jeroglífico negras como la obsidiana, sino rosadas como el cielo de los crepúsculos.

La idea de los mexicas de que el difunto viajaba corporalmente por estas mansiones, se confirma en la séptima, ó sea el cielo del norte. Una fiera le devoraba el corazón, y allí verdaderamente moría: por esto preside ese cielo, en la pintura jeroglífica, el dios *Mictlantecuhlli*; y por esto también el norte se llama *Mictlampa* ó lugar de los muertos.

De ahí pasaban á confundirse con la eterna materia creadora, á la octava y última mansión. El Intérprete la llama *Izmictlan-Apochcaloca*, cuya significación es: *en donde está el camino que va á la casa sin respiradero, donde muere ó acaba la luz*. Sahagún refiere cómo los sacerdotes decían en este paso al difunto: «Veis aquí con que habeis de pasar á donde está la lagartija verde que se dice *xochitonal*.» *Xochitonal* significa el día *Xochitl*, último del año ritual del *Tonalamatl*, y por lo mismo símbolo del fin de la vida.

Tezozomoc, en su Crónica Mexicana, al hablar de las exequias de Tizoc, página 454, llama á esta última mansión de los muertos, «*Xiuhmoayan*, en el lugar y paraje donde nadie sabe, en eterno olvido, en la parte siniestra donde no hay calle ni callejon, *ynatlecalocan*, en *chicnauhmicltlan*, en el noveno infierno;» y después, en la página 569, dice: «*Xiuhmohuayan*, al eterno del olvido.»

Debemos advertir que Sahagún trastorna el orden de las mansiones, sin duda por mala explicación de los indios á quienes consultó. Esta última mansión está representada en la pintura jeroglífica por un cuadrado obscuro, en donde se ve el cuerpo del difunto rodeado de una figura verde, extraña y mal dibujada, que sin duda es la lagartija de que habla Sahagún. Dice éste, (1) que para llegar á la última mansión, el muerto pasaba el río *Chicnahuapan*, después de lo cual se presentaba á *Mictlantecuhlli* y le ofrecía los papeles que llevaba, y manojos de teas y cañas de perfumes, é hilo flojo de algodón, y otro hilo colorado, una manta, un *maxlli*, y las enaguas y camisas si era mujer. Si esta mansión era el cielo inmediato, el *Mictlan* estaba en la vía-láctea.

Los cronistas, siguiendo la idea cristiana, ponían el infierno indio, como llamaban al *Mictlan*, en el centro de la tierra, según ya antes habíamos dicho. Torquemada, (2) queriendo explicar á su manera la etimología del nombre del templo *Tlalxico*, (3) antes mencionado, dice: «En el ombligo de la Tierra, y con mucha razón, . . . es cosa ave-

(1) Loc. cit.

(2) Monarquía Indiana, tomo II, pág. 148.

(3) En este templo, como ya hemos visto, funcionaba un sacerdote pintado y vestido de negro, tal vez para significar la obscuridad de la noche eterna. A uno de estos sacerdotes debió pertenecer un pendiente ó pectoral de mi colección, del cual ya he hablado, y que se compone de tres grandes cascabeles de plata barnizados de negro, en forma de tres cabezas con el cabello jalado hacia arriba, á manera de mitra, hasta acabar en punta, y con los ojos cerrados, modo de expresar la muerte entre los antiguos indios.

riguada, según Doctrina Católica, que el Infierno está en las entrañas de la Tierra...» El Sr. Orozco y Berra (1) coloca también el *Micltlan* en el centro de la tierra; pero encuéntrase con la dificultad de que el norte se llamaba *Mictlampa*, y pretende resolverla considerando el norte, no como el sitio, sino como el rumbo seguido por los muertos para ir á su última morada.

A pesar de estas preocupaciones religiosas, causa y origen de tantos errores introducidos en nuestra Historia, el mismo Torquemada no puede menos de decir en otro lugar: (2) «Verdad es, que según el vocablo que en su lengua usan los mexicanos, para lo que nosotros llamamos Infierno, que es lugar de los dañados, estos dicen *Micltlan*, bien podemos inferir que á la parte del Norte, por ser lugar umbroso, y obscuro, que no lo baña el Sol, como al Oriente, y Poniente, y Mediodía, ponían ellos el Infierno, porque *Micltlan* propiamente quiere decir, lugar de muertos, y es (como se ha dicho) lo que nosotros llamamos Infierno, que es lugar de los que para siempre mueren, y á la Region, ó la parte del Norte, llaman los Indios *Mictlampa*, que quiere decir, ácia la vanda, ó parte de los muertos. De donde bien se infiere, que ácia aquella parte ponían ellos el Infierno.» (3)

Este párrafo de Torquemada está copiado de Mendieta, (4) gran conocedor de las antiguallas de los indios. Debemos, pues, quitar el *Micltlan* del centro de la tierra, y llevarlo á la parte del norte del firmamento. Y por cierto el viaje á esa región, no de las almas como se ha pretendido, sino material y de los cuerpos de los difuntos, no se efectuaba en un solo día, pues era necesario para hacerlo el largo período de cuatro años. (5) Por eso hasta el cuarto año no terminaban las exequias: y entonces, «se acababan y fenecían los difuntos,» como dice Sahagún. (6) En un manuscrito citado por el Sr. Ramírez, se llama á este último lugar *Chiconauhmicltlan*, «en donde los difuntos son aniquilados y se vuelven en la nada.»

(1) Historia antigua de México, tomo I, páginas 48 y 50.

(2) Op. cit., tomo II, página 81.

(3) El Duque de Loubat, incansable en sus publicaciones sobre nuestra Historia Antigua, acaba de dar á luz en Roma, en lujosísima edición, la «Clave general de jeroglíficos americanos de Don Ignacio Borunda.» En esta obra, escrita en un estilo imposible y con un plan preconcebido, y por lo mismo plagada de errores, dice su autor lo siguiente, que copiamos para que se vea hasta dónde conduce el adoptar un sistema, en vez de buscar la verdad sin preocupación (página 82): «Por estylo semejante figurado se expresaba al Norte en esta Ciudad quando era de Naturales, tratándolo de *Mitlampa*, en donde *pa*, acaba *tlami*, la flecha *mill*, alusiva á la del Sol en punto de medio día, simbolizada en el distintivo de un Picacho de la Serranía del Norte... Por no entendida la alusion del Norte de esta Ciudad, ha venido copiado hasta nuestros días el error de impresion con que se asentó en el Diccionario augmentado con *c* y por ella escrito *Mictlampa* quando á su parte principal componente *micltlan* augmentado tambien con el vicio general de *n*, se refería por significativa del Infierno, sin discernimiento tampoco de la antonomasia que envuelve el compuesto *miclla*, lugar abundante manifestado en el *lla*, de quien muere *micki*, porque la mayor parte de las gentes se condena....»

(4) Historia Eclesiástica Indiana, página 94.

(5) El Intérprete, comentando la lámina LXV del Códice Vaticano (Kingsborough, tomos II y V), dice: «hacían fiesta á sus difuntos, y les ofrecían comida y bebida sobre su sepultura... hacían esta fiesta á los difuntos los cuatro años primeros después de su muerte; porque creían que hasta pasados estos cuatro años, estaban en lugares de mucho trabajo; y que pasados, iban á otro, donde tenían un cierto modo de descanso á su manera... y por esto sepultaban á sus muertos vestidos y calzados, pues creían que de todo eso necesitaban para el trabajo de aquellos cuatro años; y si el muerto era hombre principal, mataban con él un esclavo el día de su muerte, para que le fuese á servir.»

(6) Historia, tomo I, pág. 265.

Para completar los datos relativos á este punto, veamos cómo amortajaban los indios á sus muertos. Las momias y esqueletos encontrados en los antiguos sepulcros están sentados y con los muslos pegados al pecho. Aun cuando generalmente los indios quemaban los cadáveres, pues el fuego creador debía ser el fuego destructor, ponían en ollas los huesos y cenizas restantes, (1) y hacían con ellos bultos forrados de mantas y atados, los cuales semejabán la misma postura. Quien quiera formarse de ésto idea exacta, puede ver en el Apéndice del Atlas del P. Durán las láminas XIII y XIV, las cuales son reproducción de dos pinturas del Códice Ixtlilxochitl de la antigua colección de M. Aubin, hoy de la propiedad de M. Goupil. En la primera está el bulto semejanado la forma dicha, debajo una calavera, símbolo de *Mictlancihuatl*, y á los lados los dolientes, unos llorando y otros dirigiendo la palabra al difunto. Se ve el bulto rodeado de los papeles que le daban para el viaje; á su izquierda están los alimentos que durante él debía consumir; y lleva al cuello sus joyas, un collar de chalchihuites con medias lunas de oro. En la segunda lámina, por tratarse de persona de más condición, el bulto está envuelto en riquísima manta, y rodeado de numerosas joyas de oro, chalchihuites y costosas plumas de quetzal. (2)

Ya con todos estos datos, estudiemos ahora cuál era la filosofía de los mexicas en cuanto á la muerte se relacionaba.

La materia madre era la vía-láctea: era, digámoslo así, el núcleo productor de la materia cósmica. Por influencia del fuego creador, esa materia tomaba vida en el seno de la mujer. Por eso á la parturienta le decían: (3) «*Nochpotzin, ahmo ximotequípacho, ximochicahua ca nican mehuilitica in nantli in talli;*» que quiere decir: «no te aflijas, hija mía, esfuézzate, que aquí está presente el Padre y la Madre.» Y agrega Serna: «Llaman al fuego Padre y Madre; y que confie en él, que como tal la esforcará, y acudirá en su trabajo.»

A la muerte, la materia hombre convertida en materia difunto, y la mayor parte de las veces purificada por el fuego, vuelve á atravesar los cielos, y á confundirse con el gran núcleo material de la vía-láctea, en el *Micltlan*, «en que los difuntos son aniquilados, y se vuelven en la nada.» Como se ve, condenados los mexicas á un terrible fatalismo, no había para ellos inmortalidad, ni castigos y premios eternos, ni siquiera espiritualismo: su filosofía es una especie de Panteísmo materialista, en el cual la materia siempre está produciendo, y recibiendo la materia muerta para darle nueva vida. Es una fuerza incansable que todo lo crea, y todo lo destruye, y todo lo renueva, sin cuenta de espacio y sin cuenta de tiempo, infinita y eterna.

Ya estas ideas nos explicarán el por qué usaban los indios manera tan singular de amortajar á sus muertos. El hombre al morir debía tener la misma postura que tuvo en el seno de la madre, porque había salido de la nada en la *Citlalicue*, y en ella otra vez volvía á la nada. Tan extraña, y en su extrañeza sublime concepción, representada está por manera elocuente en una pequeña joya de oro, de las por mí coleccionadas. Figura un cuerpo de muerto con los muslos pegados al pecho, dentro de una

(1) Sahagún, loc. cit.

(2) El dominicano Ríos, comentando la figura 3 de la lámina I de la parte I del Códice Telleriano-Remense (Kingsborough I-V), dice: «La nación Mixteca, y Çapoteca, y Mixes, hazian las honras á sus difuntos casi al modo de los Españoles porque ponian una tumba cubierta de negro, y al rededor de ella mucha comida. La manera del enterrar los muertos era á nuestro modo, los pies del difunto hazia el oriente, y despues que estaban cubiertos los cuerpos, sacavan los huesos de la sepultura, y echavan en unos osarios que tenían hechos de argamasa, en los patios de sus templos. Esta era la Nación Mixteca, y Çapoteca, porque los Mexicanos no los enterraban, sino quemaban los huesos.»

(3) Manual de Sacramentos, página 279.